

LA BOLIVARIADA

Escribe: JESUS RINCON Y SERNA

II

CONTENIDO DEL DECIMOTERCER CANTO

La cólera del monarca español se acrecienta, crece el indomable valor de sus guerreros; todo ibero que puede con las armas sube a los navios, el mar se cubre con la armada enemiga que, empujada por todas las Euménides, marcha hacia América a la voz de Morillo. Margarita, Santa Marta, Caracas quedan deshechas a su paso, Cartagena se apresta a resistir tras sus murallas; su golfo se cubre y se estrecha bajo la multitud de las naves de España, en tanto la ciudad convierte en armas todo metal en sus fraguas sonoras. Empezado el asalto, sitiadores y sitiados dan y reciben la muerte; bajo la lluvia de dardos ardientes cunde el incendio de las naves, que vuelan en explosiones enormes. Al pie de los muros se traba un anillo de batallas; los que aplican las escalas son decapitados a golpes de machete o bañados con hirviente betún, Morales cerca la ciudad con un círculo de llamas, cuyas ondas de fuego cruzan los sitiados en salidas de asalto al campamento del español para regresar con alimento al encierro convertidos en vivas antorchas. Cortan los iberos el acueducto, la Sed entra en la Urbe en donde el Hambre se retuerce delirante y la Peste cubre con su vaho mortal todo viviente. La Muerte aulla en vuelo epiléptico sobre la ciudad y las naves, miles de cadáveres reventan bajo el sol implacable. En horrorosos encuentros Soublette mata a Rojas y a Cisneros, a Cleves, a Compañón, a Otero y a Puerto; Pérez, Azula, Materón, Grajales y Doronzoro diezman en asaltos suicidas al invasor, en tanto el círculo de llamas de Morales se dilata desde el pie de la muralla hasta las lejanías de la costa. Sienten los que aún alientan el palpitar de la ciudad agonizante que lame los aceros de sus armas así fingiendo hallar alivio a la sed. Cuando cae muerto el defensor postrero, el español levanta sus escalas, cubre la altura de las murallas, contempla un vasto encierro de muertos y a la ciudad sin vida a sus pies; entonces —a manera de funeral— el vencedor alzó sobre esos muertos su canto victorioso.

CONTENIDO DEL DECIMOCUARTO CANTO

El ejército ibero invade la tierra. Convergen sobre Bogotá Warleta, Morillo, Sámano y Calzada. Nariño yace encadenado bajo el penacho del Galeras, Rovira, Soubllette, Córdoba y Cerviez arrastran la triste evasión hacia Casanare sobre cordilleras y ríos semejantes a mares y al través de desérticas llanuras. Bolívar, en Jamaica, recluta un nuevo ejército, la Antigua Ira sacude el Continente, rotos están todos los símbolos de la familia humana, el patíbulo ostenta la teoría de los mártires, errantes fantasmas transitan. Se percibe entonces la visión de la *Madre Antigua*, vertiendo agua y fuego de sus manos, sus pies de tierra y de aire, su rostro un sol, sus alas buidas, el cabello en nube, nimbada de luto litúrgico; pronuncia tres palabras: la segunda es GERMEN, las otras no pueden revelarse. Desaparece entre trémulos fulgores y cadencias celestes, entre tanto la Muerte danza enloquecida sobre la tierra. La visión percibe el bosque de patíbulos; todo prócer, hombre y mujer, se dobla bajo las ráfagas mortales de los fusiles, la sangre se derrama de los tablados, fertiliza la tierra de donde sube un bosque de estatuas heroicas. En tanto que bajo el dardear de las balas en los sangrientos estrados de toda la América la Muerte dilata su siega, el zumbido del plomo corta los aires, el quejido de los agonizantes se une al redoble del tambor, al hondo murmullo del pueblo horrorizado y al doblar de las antiguas campanas. Un gran quejido sube del suelo de América en tanto las hermosas mujeres ascienden a los cadalsos y los varones caen, a su lado, bajo las descargas de la fusilería. Premoniciones de desolación pasan como vientos sombríos, luego un gran silencio cubre la tierra, mientras la patria vigila, callada y solemne, el inmenso holocausto.

CONTENIDO DEL DECIMOQUINTO CANTO

Se oye la voz de un numen que exalta a Bolívar como continuador del eneida linaje, simiente latina de Alba-Longa, sangre de Ascanio que desde Troya se prolonga hacia Occidente, el destinado desde el principio para libertar a la América y sembrar la simiente de la libertad en el mundo futuro. Ante el avance del Héroe los guerreros de España prenden fuego a la isla de Margarita, cuyos habitantes, huyendo del fuego, culminan en su cúspide, donde tropiezan con las llamas que suben por los otros costados, y perecen allí, convertidos en vivientes antorchas. El inmenso fanal alumbró el horizonte marino en la noche; chocan las naves de América y de España con inaudito estrépito, se oye el grito colérico de los contendores, rugen las calderas de los navíos y las ondas del mar con resonancias de cataclismo bajo el estampido de los cañones y las explosiones de los barcos envueltos en fuego. La batalla sobre las ondas registra todo horrible sonido, todo clamor de ira y de muerte; los combatientes de uno y otro bando se trenzan en el ímpetu de los abordajes; se rompen velas y mástiles, ahoga el humo y enceguece a los hombres delirantes, Bolívar clama victorioso su triunfo ante el vencido español que huye, o se hunde, o se abrasa, o se rinde. La armada americana toca en Carúpano, Soubllette y Piar exterminan en tierra al enemigo; Zaraza, Arismendi, Rojas, Monagas, Cedeño, Guanaguanay, Beluche, In-

fante, Mac'Gregor, Parejo, Páez, Sotillo rinden otros ejércitos iberos bajo sus aimas, caen los pendones de España bajo un viento de venganza y de muerte. Entonces la patria levanta, entre un ámbito de matanza implacable y sobre las cenizas de sus hijos sacrificados, su perfil luminoso, y los propicios númenes le ciñen otra vez el escudo y la espada y le ajustan al pie albo el coturno de hierro, en tanto por las llanuras del Continente pasan en resonante galope los caballos del Héroe, que señala su paso con una estela de vencidos iberos y el aleteo de sus banderas victoriosas.

CONTENIDO DEL DECIMOSEXTO CANTO

Vestidos con pieles de panteras, o desnudos, como extraños iniciados de un culto cosmogónico, pasan los lanceros de América como un ejército de Centauros. Latorre los afronta en el combate de El Alacrán, atrincherado en la altura. Bolívar embosca la mitad de su ejército y ataca con la otra mitad: bajo la tromba de plomo de Latorre finge la huida; Latorre le persigue, y al toque del clarín americano sale del bosque y toma por detrás al español, que queda hecho un pantano de sangre bajo las patas de los caballos. En El Juncal Mac'Gregor consuma la ruina de López y se repite la horrenda matanza. En Clarines se renueva el episodio de muerte, que esta vez destroza a los americanos bajo las armas de Castilla, pero en San Félix no hubo piedad para los hispanos vencidos, porque Salom, Torres, Chipía, Landaeta y Anzoátegui hundieron su plomo, su acero y sus lanzas hasta en los ojos del español enemigo, igual que en Papagallo, en Casacoima y en Angostura. En Mucuritas, Páez arrojó sobre Morillo sus jinetes, que dejaron solo una visión de espanto y de fuga, pero en El Sombrero es Bolívar quien se salva por la velocidad fugitiva de sus caballos. El combate de Semen da el turno de venganza a los guerreros de España, el de Rincón de los Toros les reiteró su victoria, pero en La Hogaza fue Morillo quien vio pavorido la degollación espeluznante de sus soldados. En Calabozo nadie supo quién fuera el vencedor, en Cerrito de los Patos Morillo convirtió en brasas llameantes al ejército americano, en Las Queseras del Medio, Páez, Santander, Baraya, Anzoátegui, Sucre y Pulido envolvieron las fuerzas de Morillo, las alancearon, las bañaron de plomo, les hundieron en el rostro, en el hígado, en el cerebro, en la garganta, en el corazón toda suerte de armas mortales; molidos fueron por las patas de la caballería americana los infantes, las banderas de Iberia fueron convertidas en pabellones llameantes, un pantano de sangre, colinas de cadáveres, estrépito infernal, clamor de vencidos, algazara de contendores, voces de mando, fugas pavorosas que corta la Muerte, bocas que no acaban de lanzar su clamor llenadas de plomo o de acero de lanzas, caballos que se incrustan en boca de cañones, heridos que gimen, y un rojo crepúsculo que aureola la frente de Bolívar victorioso.

CONTENIDO DEL DECIMOSEPTIMO CANTO

La gran voz de Bolívar anuncia la marcha libertadora hacia el Potosí, hacia los últimos lindes de América. Preciso es cruzar los Andes

que esconden en las nubes sus cúpulas de perla, pero desde sus propias cúspides podrán mirar los héroes un vasto Continente, que los llama y les brinda laurel inmarcesible. La visión revela todo el horror de su inviolada altura en cuyos riscos quiebran sus alas las tormentas. Suben los héroes a sus caballos fieros y cortan las lagunas, inmensas como mares, formadas con las lluvias diluvianas. El ascenso se inicia. Al pie de la montaña un horizonte de aguas, al frente las laderas de pizarra del páramo crinado. Empuja el Héroe sus legiones por las gargantas lúgubres, apenas habitadas por los vientos, donde la Soledad tiene su asiento bajo palio de nube y torbellino. Ascienden lentamente escalando paredes verticales, cruzando los torrentes desbocados, embriagados en vértigos de altura. Los Andes les oponen sus geológicas fuerzas, el frío, la noche, la tiniebla, los cielos turbulentos, el hambre, la presión de las alturas, el insondable precipicio que sorbe resonante las falanges, los derrumbes que lanza el torbellino, la incertidumbre de la ruta oscura, el Aquilón con su funesto aullido. Coronada una altura, otra más elevada se revela, la que vence el ejército de espectros. Allí la Muerte deja un rastro de huesos que orienten al futuro caminante bajo amarillas nubes. Como en medio de círculos hipnóticos camina aquel ejército desnudo en medio de espejismos ofuscantes, que sin aliento toca las alturas y ve por fin el horizonte opuesto. ¡Pero llegan al ápice! Han rasgado las cimas de immaculadas nieves coruscantes, la blanca antigüedad de las montañas, y sienten en las ráfagas de frío el olor de la tierra que verdea a lo lejos bajo la luz de las auroras lívidas. El descenso es tan cruel cual la subida, mas una fuerza ignota, la fuerza que hace de los hombres héroes, los impulsa hacia el valle, en tanto el Sol corona sus frentes cadavéricas con espigas de luz.

CONTENIDO DEL DECIMOCTAVO CANTO

Aún se siente el paso del ejército sobre los hombros de los Andes donde la Tempestad desata su cabellera salvaje y se percibe la respiración del Abismo, mientras se desmayan los vientos asombrados y se eriza el vello de los montes ante la hazaña de este tránsito. Una trenza de huesos deja signada la ruta, Bolívar ha vencido los elementos. En el valle feliz, Barreiro ve de pronto bajar aquella fila de esqueletos humanos, salta de su recuesto, se apercibe al combate, ordena sus huestes e intima al Héroe el rendimiento con palabra orgullosa. Bolívar proclama el renacimiento de la Raza, anuncia sus victorias futuras sobre la Antigua Maldad, reclama el valor de las vidas sacrificadas, condena la guerra, pero la exalta como castigo de la opresión tres veces secular. ¡Que hablen las armas! —dice—. Que la sangre fecunde y renueve las simientes futuras y su ímpetu abra el cauce a las fuentes de dulzura del porvenir. Y es ya la batalla del Pantano de Vargas. Todo horror de muerte estremece la tierra al paso de Bolívar, Rondón, Rook y sus fieros soldados. Sobre el ejército de España se derrama la degollación, aletea la Muerte en los collados, la Cólera agita sus lívidas banderas llameantes, la Fuga arrastra por sus cabellos a Barreiro, Rook cae envuelto en el pabellón de Colombia, un palio de flores y una alfombra de laureles orlan la entrada de Bolívar en Tunja. Pero el castellano precipita su paso

hacia Bogotá, y el Héroe, bajo el acento mismo de su apoteosis, vuela a cortar la marcha. El día de Boyacá es llegado. Soublette, Anzoátegui, Santander y Bolívar estrujan entre torzales de acero, de plomo, de hierro, de fuego, de valor y de ira al ejército español. Prisionero y precintado Barreiro presencia el aliento de la matanza de sus soldados, mientras tanto un clamor de la Victoria estremece la América. Colombia ha nacido, declina el Sol de España, de sus tumbas se alzan las Sombras de los sacrificados, el espíritu latino canta, un bosque de símbolos transferidos al bronce sube de este campo, a cuyos pies, convertidos en un inmenso altar, se enciende el fuego del hogar patrio. Entra Bolívar a Bogotá resurrexa, un canto anunciador se oye, un himno que no podrá en el futuro acallar el paso de los bárbaros. La Libertad, hecha numen, fulgura, ya eterna, en la cima de sus montes.

CONTENIDO DEL DECIMONOVENO CANTO

La voz del Libertador sube en himno de apoteosis porque ha nacido Colombia, y es su clamor como agua lustral que lava toda sangre, los muertos y los vivos se integran en místico símbolo, por las gradas del ara suben los próceres, el Nuevo Mundo se recuesta a descansar en los brazos del Héroe, las sombras del porvenir se transfiguran en luz ante los ojos del hombre nuevo que se alza en la escena. Entonces la Gloria se hace visible, camina sobre los montes, a su paso se oye el estrépito de un galope de cíclopes; besa a Bolívar y deja en él para siempre su resplandor titilante. Entre tanto las Potencias del Mal se revuelven furiosas en su antro infernal, la guerra sigue. Vuelve el Libertador a Venezuela, el día de Carabobo llega. Páez cruza en medio de la batalla, semejante a la tempestad, con sus bravos lanceros; Ferrier, Mellao, Silva, Cedeño, Rangel, Plazas, Heres y Bricenío consuman todo prodigio de muerte; Bolívar afronta a Latorre y a Morillo, los revuelve y retuerce; Rondón, Davy, Carrillo, derraman el exterminio sobre la gente gótica, y ¡Sálvese quien pueda! grita España por la voz de Morillo. Carabobo queda cubierto de heridos y muertos, espuma de sangre y ríos de clamores cubren la llanura. Sobre el final estrépito puede escucharse un cántico sagrado, porque Venezuela ha nacido y se eleva en el himno de la apoteosis. Crece y se dilata sobre la tierra la fecundación, la antigua Noche huye ante una Alba Nueva, los espíritus del Mal se hundan en sus Ríos Malditos, un viento augural remueve las espigas, América canta, Caracas se empina en el plinto levantado por un pueblo de héroes, el velo del futuro se rasga. Entre un clamor victorioso, incesante, Bolívar parte hacia el Sur, y de en medio del estrépito de su marcha se levanta la voz augural de Popayán, un instante de su himno, que se confunde con las voces del atormentado Guáitara y el rugiente Galeras, en cuyos desfiladeros va a desarrollarse el episodio de espanto en que la Muerte desencadena todas sus potencias.

CONTENIDO DEL VIGESIMO CANTO

Corta el Guáitara con su cañón abismal el paso de los héroes, entre sus verticales precipicios ahoga su geológico clamor, y cercano a su brecha atormentada empínase el Galeras llameante. Bolívar va a cruzar esta garganta, en cuyo lado opuesto el ejército gótico lo espera. Es Basilio

García el enemigo, que respaldado en eficaces armas cubre el único paso, en cuyo fondo estrecho puente se curva sobre el río espeluznante. Cada paso hacia el hondo precipicio es sembrado de balas enemigas. El armamento baja entre nudos de cables sostenido, y de este modo bajan los caballos, bajo lluvia de plomo. Cuando un pie falla al golpe de la muerte, la fila se derrumba, y en medio de espantosos alaridos se pierde entre las ondas la avalancha. Uno, de ciento, pasa el puente, y al iniciar el espantoso ascenso queda aplastado por alud de rocas que el español desprende de la altura, o a ráfagas de plomo acribillado, o cortados los brazos a golpe de machete, o sobre el propio rostro alanceado, o arrastrado por el amigo que al subir resbala, y rueda la cadena hacia el abismo. Como gusanos reptan los soldados que cruzan los tremendos voladeros. París, Barreto, Valdés, culminan en la trinchera enemiga, y caen; caen Sande, León Torres, Luque, García, Ramírez, al herir sobre el vórtice al hispano, y caen Wright y Featherstontough, pero al morir culminan sus soldados sobre el de España al borde del abismo. Pecho a pecho se hieren los ejércitos, y en tanto unos ascienden otros vuelan al negro precipicio. El español, tomado por la espalda, muere matando. Toda arma es buena para dar la muerte, todo instante es propicio a recibirla. Los enemigos mueren abrazados, y así abrazados ruedan hacia el río, o chocan en el aire resonante; los clamores se trenzan al rugido profundo del Galeras, al trueno del abismo, al bramido de los cañones, al silbar de las balas, al trinar del machete, al "chis-chás" de las lanzas. Es ya Bolívar vencedor. El río traga al último enemigo, en tanto que los héroes fatigados se duermen sobre el campo de batalla.

CONTENIDO DEL VIGESIMOPRIMER CANTO

Bochica muestra al poeta la visión del Cocito que sorbe las Sombras de los muertos en la batalla del Guáitara bajo el ímpetu del Mal. Atraviesan el Infierno entre penachos de humo figuras alucinantes, trucas presencias, que se derrumban de las laderas que cierran el Abismo envolviendo en su caída otras muchedumbres de Manes y Lamias que aullando emergen y se hunden en el haz de las llamas. Del eterno ruido que sube de sus honduras se revelan los saltos de figuras horrendas que se cruzan como plumas de fuego en oscuros y lívidos relámpagos, a cuya luz sombría se manifiestan nuevas creaciones horrorizantes. Al volver nuestros ojos hacia la tierra vimos en ella la continuación de la guerra y sus nuevas batallas. Como una potencia revestida con túnica de llamas era Bolívar, como un arcángel vengador que camina hacia el Sur conduciendo un ejército de cíclopes. Y fue la batalla de Pichincha, la feroz, la inhumana batalla. Aymerich afronta a Bolívar, y a Sucre, y a Córdoba. El propio horror del combate pone al Miedo en fuga, delira la Madre Tierra, las potencias de la Ira y de la Cólera presiden el combate entre fulgores de armas, pabellones de sangre y lodo de muertos que pisotean los vivos. De entre la espuma de este mar de violencia nace el Ecuador, el Héroe anuncia su epifanía, porque sube la nueva Nación de la propia sublimación de la ira. Las armas hieren, matan las armas, que son los cañones, los morteros, los fusiles, los dardos de los arqueros, la piedra de la honda, las patas de los caballos, el yatagán y los machetes, las lanzas de hierro, los dientes de los trabados enemigos. Ayme-

rich lanza el grito pavorido de su derrota, Bolívar consagra en su himno al Ecuador que nace entre el canto de las naciones nuevas bajo el arco de luz que corona a los Andes, el rugido de sus volcanes, el cintilar de los veneros de oro de su tierra, en tanto las tinieblas huyen en la exaltación de la apoteosis.

CONTENIDO DEL VIGESIMOSEGUNDO CANTO

Se manifiesta América en figura de Mujer que baja de los Andes con rumor de tempestad, coronada por veintiún soles, su cabellera en halo flameante. De su antigua postración se alzan los pueblos con sus varias hablas y sus cánticos antiguos y nuevos para anunciar la paz futura y el amor vencedor de la maldad antigua, porque los pueblos arrojarán todas sus armas y leyes agonistas a una inmensa hoguera. El Héroe llega al campo de Junín donde lo espera Canterac. Bolívar, Sucre y Córdoba sueltan los frenos a su coraje, Canterac al antiguo valor español. Solo armas blancas relampaguean bajo el sol del combate, la pólvora no está allí. Rielan las espadas, relampaguean los machetes, fulgen los bayonetas, fulguran las lanzas, chispea el choque de los aceros, tiene el combate sonido de campana. Las rústicas deidades se esconden, la sangre enrojece la tierra, se enrojecen las armas, se purpuran valles y montes, se retuercen las filas enemigas, caen filas enteras y otras las reemplazan. Vuelan cabezas y brazos de hombres y de caballos sobre alfombra de muertos, ensombrece la hora la lluvia de los dardos, y ¡Estamos derrotados!, grita Canterac, en tanto culminan los libertadores en el ápice de la victoria. El Perú ha nacido. Bolívar consagra su apoteosis en un himno triunfal de epifanía que repercute en las anchuras de América, el Chimborazo palpita de luz en su clamor, un epinicio de soles flamea sobre el plinto en que se alza una Patria Nueva. Vierten savia, en vez de sangre, las montañas, y es el día de todos los júbilos frente al palpitar de los diamantes que adornan esta cuna como en el rito ancestral de los Incas. Arrancándose al clamor victorioso avanza Bolívar hacia Ayacucho. Allí De la Serna lo afronta con los gigantes de España. Terrible es el choque, espantosa la muerte, abre el Infierno su boca tenebrosa, De la Serna cae, vencido parece, pero cobra bríos y envuelve a los de América en anillos mortales, el Monte Cundurcunca se ha vestido de púrpura humana.

CONTENIDO DEL VIGESIMOTERCER CANTO

La batalla de Ayacucho crece en furor homicida, y mientras los dos ejércitos se exterminan con huracanado furor, Bochica anuncia el cumplimiento de los primeros símbolos y premoniciones del poema: la llama de Ilión en las manos de Eneas, Ascanio fundador de la Raza Latina, la marcha del espíritu de libertad hacia Occidente en Bolívar, un tiempo en manos del Cid, para que arda luminosa en todo el futuro. América hecha numen se perfila ante el Tempo del Sol, coronada de astros, y canta, mientras los poderes celestes y las fuerzas infernales derraman sus ímpetus sobre el campo del combate. La Serna y Canterac muelen las líneas americanas, Bolívar, Sucre, Córdoba y todos sus héroes resregan contra el Cundurcunca a los guerreros de España. Cuando La

Serna rinde, vencido, sus armas, nace Bolivia, y una canción victoriosa, de epifanía suprema, sube de la voz de Bolívar. Es la Nación llena de potencia, innumerable de amor, titilante de sol, ofuscante de luz, inmensa de alas; junto a su plinto se irguen la Victoria y la Fama, cuyas alas de oro rozan las ondas del Titicaca bajo un palio de tormentas en la gloria de la apoteosis. Perfila entonces España hecha numen su sombra maternal, gigantesca, infinita; y “¡Has vencido, oh América!, clama. Desata tu canto de libertad sobre el mundo. Te doy un trozo de mi bandera. Mi raza es tu raza, que cruzaron sus aceros para probar su temple. En mis anales queda escrito tu nombre, digna eres de ceñir mi armadura!”. El Héroe delira sobre el Chimborazo, envuelto en franja de iris, su cabeza hacia los cielos, a sus pies los abismos, a su lado la presencia del Tiempo. El Mal es vencido —clama la Gloria—, pásala, oh Héroe al Potosí y mira desde su altura toda la América. Como crecen las sombras al caer el sol crecerá lentamente tu gloria. Se hace el silencio, la Sombra de la esposa del Héroe se dibuja entre ofuscantes halos, y como sellando la anunciación en su sacrificio, besa al Libertador, y se desvanece en el aire relampagueante del triunfo que envuelve a Bolívar en el ápice de la montaña.

CONTENIDO DEL VIGESIMOCUARTO CANTO

El poeta vuelve sus ojos hacia el Aquilón desde su Monte Visionario y ve caer los Espíritus del Mal hacia el impuro encierro infernal, chocando contra las aristas de llama que oprimen las rocas de brasa en cuyo lago de fuego desaparecen en ciego girar. Sobre la haz de la tierra se oye la voz del victorioso cántico, y más lejos el Edén de la Paz. Todo el esplendor de un mundo en primavera se dilata a su vista. Por las cumbres andinas pasan clamorosas las muchedumbres: con San Pedro Claver los esclavos arrancados del Africa; los antiguos aborígenes de América sacrificados en la Conquista; Montezuma, Atahualpa, Tisquesusa, Caupolicán, Lautaro, Colocolo, Aquimín, Nemequene que iluminados como diamantes aclaman al Héroe; Galán el traicionado, Las Casas el defensor, y los mártires todos sacrificados en los patíbulos; con ellos la gente nueva, hija de las confusas razas, las masas anónimas, que alzan su laude a Bolívar. Bochica despide al poeta y se aleja, mientras las Fuerzas del Bien flamean sobre las alturas. El manto del Héroe se derrama por las pendientes de los Andes, él fulgurante como una deidad nueva que camina hacia el Potosí. Allí, frente al Titicaca parece más alta su figura. La marcha se hace resonante, como un torbellino. Parece, en un momento, que la figura del Héroe va a deshacerse en la penumbra del tiempo, pero la Gloria, hecha una figura de luz, lo detiene en las alturas irisadas, y clama: “¡Será tu pedestal desde ahora la cordillera de los Andes. Desde aquí tu genio velará por la libertad!”, y tomando la espada de Bolívar la tiende sobre las montañas, cuyas alturas, al contacto del acero, se tornan en volcanes, y dice: “¡Colocada aquí la dejo. Si se viere en peligro la América, esgrímla el que sepa levantarla de estas alturas!”. Crece el clamor, todas las fuerzas naturales resuenan, en tanto que Bolívar, rodeado de pueblos, crece sin cesar y se hace más alto que toda voz de poeta.